

Creced y mul- ti- pli- caos

Por el
Dr. JUAN ANTONIO ALONSO
MUÑOYERRO

PERMITIDME que hoy, en vez de hablaros de los cuidados del niño, o de su alimentación o de su higiene, etc., etc., «echemos un cuarto a espadas» sobre un asunto que, a mi juicio, tiene la máxima importancia. Tanta, que hay que salir al paso de un modo urgente, y precisamente los médicos católicos estamos más obligados a ello, del peligro que amenaza a la familia en su parte más básica, que son los hijos. La ofensiva que se hace contra la familia por todos los medios, por folletos, periódicos, libros, frases, chistes, etc., etc., desde hace más de un siglo, es para preocupar a todo aquel que tiene un concepto de la familia, base de la raza, como es el concepto cristiano de la misma. Y estamos más obligados aún, en los presentes momentos en que el resurgir de España está precisamente ahí, en dar fortaleza y solidez a esta célula que constituirá un organismo inmune a los ataques que los enemigos de ella la dirigen constantemente. Y la familia Dios la creó para tener hijos... El mandato del Génesis, que dice «Creced, multiplicaos y poblad la tierra», lo demuestra. Los grandes pueblos tienen mucha riqueza en hombres; el capital más positivo en un Estado es el ser humano. Los Imperios antiguos fueron grandes cuando tenían muchos hombres. Vino la decadencia cuando los enemigos de la familia atacaron a ésta y socavaron sus cimientos, des poblándose velozmente, más de lo que pudiera creerse a primera vista. Merece la pena, creo yo, que orientemos a la opinión femenina.

Ya sé que es un tema que no puede intentarse

desarrollarlo en un artículo de esta clase. Hay mucha literatura (no tanta como debiera) sobre los distintos aspectos del problema, y no puedo pretender exponerlos aquí, no sólo por la falta de espacio, sino por a índole de esta publicación. Pero sí es posible y conveniente esbozar unas cuantas ideas, que deben grabarse bien en los cerebros de la juventud española. Es claro que hablaré sólo de lo que conduzca a este fin, al esencial, al que contribuya, siquiera sea modestamente, a contrarrestar la mofa que se hace, ya de un modo descocado e insolente, de las familias numerosas, presentándolas como una desgracia y estimulando a no seguir su ejemplo.

«Gracias al cielo—dice Raul Guchteneere—, el catolicismo ha resistido hasta ahora la campaña destructora de la familia, y sólo él; los elementos protestantes y librepensadores no oponen resistencia alguna, pero los católicos reaccionan. La mayoría de las familias numerosas son católicas, y este exceso de natalidad católica es una prueba manifiesta del poder de la verdad divina contra la destructora fuerza del error.»

Una de las verdades, de las pocas verdades de esta vida, es la familia. El mundo, con su desvío de las normas morales trazadas por el Creador en su santa doctrina, y especialmente, la raza blanca, amenaza la ruina, degenerando hasta el punto que será absorbida por otra de mayor pujanza y poderío. «El sentido de perdurar, la voluntad de perdurar en el matrimonio, como dice Spencer, va perdiéndose. Se vive para sí mismo, no para el porvenir de la estirpe. La nación como sociedad, pri-

mitivamente un tejido orgánico de familias, amenaza disolverse en una suma de átomos particulares, cada uno de los cuales pretende extraer de su vida y de las ajenas la mayor cantidad de goce posible —*panem et circenses*—. La emancipación femenina de Ibsen no quiere liberarse del hombre, sino del hijo, y mejor aún, a la carga de hijos. Toda la literatura liberal socialista sobre este problema gira en torno del suicidio de la raza blanca. Sin familia no puede existir una Nación y, por ende, un Estado es incapaz de formarse. Tanto más pujante y más influencia tiene en el mundo un Estado, mientras más volumen de hombres tiene. No puede fijarse de antemano el inmenso valor que adquiere un pueblo que es prolífico y organiza bien a sus hijos. Qué sabemos a dónde puede conducir a un pueblo un gran cerebro, un producto humano vigoroso espiritualmente y físicamente (*mens sana in corpore sano*), elevándole a esferas a que no hubiera podido aspirar, quedando reducido a la miseria por su penuria en hijos. Y hay todavía quien considera como una gran desgracia el aumento de la familia. Los hijos son el capital del hogar. Conducidos debidamente de niños, educándolos en el trabajo y en el cumplimiento del deber, y serán una fuente de riqueza. No lo son si han nacido con el pecado original del hastío, de la mala gana, de la mala fortuna, sin el calor del santo amor paterno. Tener muchos hijos es el «summum» de perfección en el matrimonio, que no a todos les es dado disfrutar. Las naciones cristianas son las que más hijos tienen, y en éstas, aquellos distritos que más